
PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

Aclaración no pedida ...pero necesaria

A migos cuyo juicio respeto y me importa, creyeron, para su disgusto, que en la *Plaza Pública* aparecida ayer establecí una inadecuada comparación entre el viaje forzado de Santa Anna a Washington, en 1837, y el que realizó ahora el presidente Salinas, y hasta que sugerí una comparación entre las personalidades de ambos. Declaro solemnemente que no tuve en ningún momento el ánimo de formular una equiparación así. Y lo hago sin empacho, sin ser requerido para ello, para que no cunda una interpretación lejana a mis intenciones. ■ 4

1000 pesos

Martes 12 / junio / 90

Viene de la 1

Fue conseja, o acaso norma durante algún tiempo en la prensa mexicana que tres temas eran tabú: la Virgen de Guadalupe, el Ejército y el Presidente de la República, y que uno se podía permitir juicios acres y aun mordacidades sobre toda la escala de los políticos menos sobre su cúspide, el jefe del Estado. Puesto que nos hemos modernizado aun antes de que ese proceso fuera encabezado por el gobierno, ese esquema de asuntos vedados ha ido transformándose. Supongo que la sensibilidad de la mayor parte de los escritores públicos, y el respeto que merece la religiosidad popular mantiene en una zona de reserva, ajena a la frivolidad y el desenfado, a la Guadalupana. Pero la sociedad mexicana ha ganado el derecho de no ahorrarse opiniones, aun acerbas sobre los militares y el Presidente de la República. De hecho, frente a éste último, el problema ha sido el contrario, pues el exceso a que se llegó en los últimos meses del gobierno de López Portillo, por ejemplo, no añadió nada al civismo de los mexicanos y quizá nos denigró a todos un poquito.

No habría, pues, autocensura de mi parte si se tratara de exponer opiniones adversas a la actuación y a la personali-

dad política del Ejecutivo federal. Si creyera en algún momento que sus actos entrañan daño severo a la integridad de la nación, como lo provocaron las veleidades de Santa Anna, su endeble voluntad, juro que lo diría y ni siquiera supondría incurrir con ello en actitud valerosa y menos aun heroica, pues posturas de ese género podrían ser posibles, de ser necesarias. Pero no es el caso. Si escribí que el viaje que hoy termina será "tan trascendental" como la estancia del dueño de Manga de Clavo "por los efectos que tendrá para el futuro nacional", me referí a que ambos hechos generarán un modo diverso de relación con Estados Unidos, relación que está en el centro de muchas de las preocupaciones nacionales. En la derrota militar de 1837 se gestó la pérdida de la mitad del territorio nacional, es decir nos convertimos en otro país. A su vez, en el acuerdo de libre comercio se fincará el nuevo esquema de producción y consumo de los mexicanos, así sólo fuera por el hecho de que dos tercios de nuestro comercio exterior se realiza con el mercado estadounidense, y el que rijan nuevas reglas en esfera tan amplia por fuerza nos modificará hasta el modo de andar.

Eso quise decir. Eso dije. Si otra cosa quisiera decir, podría hacerlo. La crítica

es una realidad admitida. Seguramente no gustan algunos juicios, algunos estilos, algunas personas, a funcionarios del gobierno. Seguramente vivirían más tranquilos, menos enfadados si no se analizara su actuación, si no se les zahiera con la palabra o la imagen. Pero sería peor si pretendieran evitar tal situación. Podrían contar, acaso, con un silenciamiento efímero, pero más tarde o más temprano la acción sofocadora se les revertiría. Díganlo si no Echeverría y López Portillo: en *Proceso* se han leído los más formidables enjuiciamientos contra ambos, que pretendieron acallar a quienes lo editan.

En tal semanario Rogelio Naranjo burila con cincel filosísimo al presidente Salinas. La mejor muestra de que el trazorudamente crítico de este Posada de fin de siglo es considerado acto normal del ejercicio de la prensa la dio el propio primer mandatario al reunirse a comer, hace tres semanas, por invitación suya, con los editores de esa revista. Esa es una señal de modernidad civilizada.

Por lo demás, ese género de tensiones no es exclusivo de México. Ocurre hoy mismo en España, donde el semanario *Cambio 16*, acaba de dar nueva acogida en sus páginas a los caricaturistas Gallego y Rey, una pareja de dibujantes sa-

tíricos que trabajaron un tiempo en *El País*. Una de sus últimas colaboraciones en ese gran diario "provocó —narra la revista— comentarios indignados en el consejo de ministros, donde lo consideraron insultante e injusto". Ante tal reacción razona la revista, citando al caricaturista estadounidense Mike Peters, que "nuestra función no es ser justos, sino atacar un blanco", y recuerda que "desde que surgió hace tres siglos como género de opinión en la prensa, el dibujo satírico ha sido siempre despiadado, sesgado, brioso".

Deseamos no suscribir en ningún momento esta lamentación de *Cambio 16* con la que concluimos:

"No todos parecen entender, sin embargo, esa función de interpretar en pocos trazos ridiculizantes el sentir colectivo. Aunque la caricatura política atraviesa un momento dorado en el mundo y la revista *Time* no vacila en ceder su esquiva portada a un informe sobre el género, se percibe en algunos sectores cierto reflujo hostil contra los herederos de una tradición que cuenta con figuras tan venerables como el estadounidense Benjamín Franklin, el italiano Giovanni Guareschi, el español Tomás Pardo y, según algunos, el propio Francisco de Goya".